

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

RUSIA, HOY (2)

Inflación, mercado paralelo y desempleo

A cambio de estos fallos en la producción y en la justicia social, tan graves en un sistema que se montó para evitar el despilfarro capitalista y para implantar la igualdad entre los hombres, en Rusia no hay inflación. Eso se dice, por lo menos. Pues bien, el trueque entre precios a más y equidad a menos, no me parecería interesante. Pero, además, debemos recordar que la inflación existe en Rusia, aunque más moderada que en el mundo occidental en sus peores momentos. Distintas técnicas de definición —como por ejemplo declarar artículos nuevos a los viejos que aumentan de precio— hacen que el verdadero alcance de la inflación en ese país sea difícil de cuantificar. Muchos observadores opinan, con ironía, que la inflación en Rusia se mide por la longitud de las colas que se forman en cualquier parte de su geografía en cuanto corre la noticia de que han llegado a la venta artículos que no se hallaban en el mercado desde hacía tiempo.

Esto nos lleva de la mano a tomar contacto con un fenómeno que implica billones de rublos anuales y afecta a la mayor parte de la población rusa en su vida diaria, a pesar de su carácter teóricamente ilegal y de las prohibiciones que lo rodean. Me refiero a lo que hoy en día se conoce generalmente por el «mercado paralelo», que incluye el «mercado negro», pero que va mucho más allá de ese mercado harto familiar en todos los sistemas de economía regulada y de escasez. El mercado paralelo en Rusia no es algo parcial, accidental o limitado, sino que forma parte del sistema hasta el punto de que éste funcionaría mucho peor sin él. El mercado paralelo no sólo asegura al dilettante —pagando, claro, según la ley de la oferta y la demanda— alguna edición rara, o ropa caprichosa de importación.

A través del mercado paralelo se hace uno con los recambios para el automóvil, se obtienen mejores y más rápidos servicios médicos, vacaciones de más calidad, un nivel más alto en la educación y en la formación profesional, mejor transporte, documentos policiales, etc. Pero si esto sucede con el consumidor que anda atareado tratando de resolver sus necesidades, otro tanto ocurre del lado de la producción, don-

de este mercado es aún más necesario. En efecto, no sólo los particulares, sino también las empresas públicas, o las granjas colectivas, o cualquier otra unidad de producción operante en el ámbito soviético, lo usan para abastecerse del equipo, de las materias primas, de los servicios profesionales y de la mano de obra especializada, que se requieren para cumplir los objetivos de producción que ha establecido el Plan. Está claro que esta situación encarece —el mercado paralelo hay que pagarlo— la vida del ciudadano medio y, sobre todo la del más modesto, ya que la élite, según sabemos, tiene otras vías para satisfacer sus necesidades. También es cierto que el mercado paralelo beneficia a los que venden en el mismo, que suelen ser obreros especializados y profesionales. O sea de la media para arriba. El mercado paralelo hace vivible la vida en Rusia, pero encareciéndola mucho para los pobres.

Por lo tanto, no sólo el economista ruso Liberman habló de reintroducir algunos de los mecanismos de mercado en la economía planificada, sino que de hecho el mercado libre opera en Rusia de una manera generalizada —así sea ilegal— en apoyo de las actividades planificadas, que por sí solas serían insuficientes. Y es precisamente aquí, en esta parte por así decir, privatizada de la economía rusa, sin la cual se carecería de todo, donde, además, la inflación muere sin misericordia en el magro nivel de vida de la paciente población rusa, sin que quede rastro de ello en las estadísticas, ya que oficialmente el fenómeno no existe. Pero en la vida real este fenómeno es muy tangible. Si necesita usted un lampista porque su baño se inunda, no sea ingenuo y no llame al departamento estatal de mantenimiento que se encuentra en cada edificio, si no está dispuesto a pagar los servicios aparte y a comprar las piezas que hagan falta en el mercado paralelo. Nadie vendrá, y si viene alguien estará incapacitado, las piezas no se encontrarán... Si su santa esposa, que diría Paco Umbral, quiere empapelar su piso, hay que comprar el papel en el mercado paralelo. No faltaría más. Si necesita usted cambiar el carburador de su coche tiene que ir a una callejuela donde se

lo venderán de «estranquis», mediante consideración tangible y adecuada. Si la salud le falla y requiere usted una operación quirúrgica, el cirujano de moda le operará dentro o fuera del Hospital del Estado, pero cobrando aparte. ¿O es que pretende usted que le operen gratis, en el momento oportuno, las mejores manos de plata de la especialidad, simplemente porque Marx escribió «El Capital» hace siglo y medio?

Si quiere ir bien vestido, presumiendo de pe-tímetre moscovita, le venderán en «paralelo» la mejor ropa que el país produzca y que, primero el vendedor habrá comprado, acaparándola, en la tienda del Estado de acuerdo con los supervisores de la misma. Si aspira a que su hijo atienda a la Universidad y obtenga el diploma de una profesión, bien remunerada, será preciso pagar clases particulares. Me parece lo mínimo que le pueden exigir los cansados y mal retribuidos educadores de la enseñanza nacional al hijo de un proletario aburguesado. Y lo mismo ocurre entre las unidades de producción. Lo importante es cumplir el cupo asignado. Si para ello hay que comprar material de origen dudoso en el mercado paralelo, tanto peor. El mismo Estado no sabe cómo decidir entre castigar unas actividades tan contrarias a la moral y la filosofía marxista y tolerar un estado de cosas sin el cual el mecanismo se embarrancaría.

Tampoco la dolorosa cuestión del desempleo queda fácilmente resuelta en el modelo ruso. Si Estados Unidos tuviera que alcanzar el P.N.B. que obtuvo el año pasado con la productividad rusa, no sólo habría tenido que dar trabajo a los ocho millones de desocupados que ahora deambulan estérilmente por sus calles, sino que habría tenido que importar varios millones de productos más del extranjero. El resultado, obviamente, no podía ser más que uno: la drástica disminución del nivel de vida de todos los que dependen, empleados o no (pero asistidos por el seguro de desempleo) de la economía americana.

Pero la segunda pregunta debe ser: empleados todos, sí. Pero ¿en qué? Por ejemplo, hasta hace muy poco, los campesinos rusos, que todavía hoy representan una buena cuarta parte de la población activa, estaban obligatoriamente em-

pleados de sol a sol en el cultivo de la tierra, a pesar de que ganaban muchísimo menos de lo que ganaba un obrero industrial medio en las ciudades, de acuerdo con la teoría de los «intercambios no equivalentes» de Preobrazensky. La policía tenía —la forma moderna de adscribir a la gleba está en denegar el pasaporte interior— el encargo de mantener sobre el surco al joven campesino de Ucrania (Jaén), pongo por caso, que quería emigrar buscando el trabajo más fácil y mejor pagado de las fábricas de la ciudad de Kiev (Barcelona). No olvidemos que hasta que Krushev hizo un intento por liberar al campesino desde arriba, un poco como hizo Alejandro II cien años antes, no empezó su destino a ser viable. Si esto es el pleno empleo, ustedes comprenderán que personalmente lo decline. Más que empleo pleno es un empleo forzado, que es muy distinto. No me interesa estar empleado de economista, en el destierro de Carracedo del Monasterio, prestando mis servicios en una papelera de nueva instalación estatal, jugando al mus con el cura del lugar por toda proeza intelectual. Ni mucho menos desearía, por ejemplo, quedar empleado de maestro, ni aún menos de enfermera, profesiones claramente discriminadas en sueldo y en todo. Sobre todo si a algún compañero, hijo del secretario del comité local del partido en Leningrado, le dejan quedarse en Moscú con mejor paga. Prefiero, a lo mejor, estar desempleado con sueldo completo o casi en las bibliotecas públicas de Frankfurt o de Londres, leyendo a Lenin o a otros autores más divertidos. Lo mismo ocurre a la hora de escoger entre trabajar en las minas de carbón de Siberia —aunque sea cobrando algo más— o en una fábrica textil ubicada en una ciudad de la Rusia europea. ¡Y no digamos si le dejan trabajar a uno en una confortable oficina del partido comunista ruso!

Total, que trabajo, sí. Pero, ¿cuál, dónde, cuándo y cómo? No digo que el desempleo no sea malo. Es realmente el gran problema del mundo occidental. Pero, ahora, digo sólo que ciertos empleos son peores que ciertos desempleos.

Ramón TRIAS FARGAS

LOS CLASICOS

LEER A DANTE CON AMOR

EL pasaje, en su anécdota, es lo de menos. Antonio Gramsci, desde la cárcel, comentaba las primeras inclinaciones de su hijo Delio ante los libros. Giulia le había informado de un cambio de preferencias en el niño: ahora empezaba a gustar de la «literatura». De Puschkin, concretamente. Y la mujer ya preveía un futuro Delio leyendo a Dante «con amor». Gramsci, en un inciso de la expansión familiar, precisaba observaciones que la sobrepasaban. ¿Leer a Dante «con amor»? «Espero que eso no ocurra nunca...» En pocas líneas, el preso trazaba el esbozo de toda una teoría acerca de la «lectura de los clásicos». Una persona «inteligente e moderna» debe leer a los clásicos en general con un cierto «distacco», es decir, sólo por sus valores estéticos: el «amor» implicaría adhesión al contenido ideológico de la poesía. Se ama al «propio» poeta; se «admira» al artista «in generale», añadía. Gramsci apoyaba su dictamen con el testimonio práctico de Marx. La admiración estética puede ir acompañada de un cierto desprecio «cívico»: así la del autor del «Capital» por el autor del «Fausto»...

No sé si la distinción entre «amar» y «admirar» resultará siempre útil. En cualquier caso, sirve para esquivar determinados riesgos de confusión, o de perplejidad, frente a las máximas evidencias de eso que llamamos «cultura». Y no sólo respecto al pasado: a los «clásicos». De hecho, no es insólito que el «contenido ideológico» de una obra condicione, en la atracción o en la repulsa, la actitud del lector. Sin embargo, y de un modo u otro, sabemos que este factor no constituye exactamente un sistema de pesos y medidas adecuado para una valoración última. Sería pueril —más que pueril: una decisión analfabeta— guiarse por preferencias extraestéticas, a la hora de reconocer «méritos» cuya índole precisamente «estética» se sitúa como premisa. A nadie se le oculta que tampoco es sencillo fijar un criterio estimativo claro, indiscutible,

o, al menos, razonable, en el terreno «no-ideológico»: la historia nos ilustra a fondo sobre las oscilaciones de gustos y de reverencias. Pero, en un recuento final, el acuerdo existe. En cuanto a las grandes figuras, cuando menos Goethe, por ejemplo.

Marx despreciaba y admiraba a Goethe, al mismo tiempo. El «desdén procedía de motivos —y repito la palabra de Gramsci— «cívicos», obvios. No podía, con todo, regatearle la admiración. Ni a Goethe ni a tantos otros. Hacerlo hubiese significado renunciar a la «cultura». La perspectiva sería similar desde el lado opuesto, y con un enfoque «de derechas» cabría postular idéntica duplicidad frente a... ¿a quién diré yo? Si bien se mira, la mayoría de los escritores importantes de todas las épocas fueron «de derechas», incluyendo los de hoy. Pero ya se me entiende. Cuando no se interfieren tozuderías sectarias, sea del tipo que fueren, la «admiración —distançada—» funciona, y la «cultura» consiste en un extraño «saco» donde se mete, mezclados, a Aristóteles y a Tertuliano, a san Juan de la Cruz y a Rabelais, a Tolstói y a Voltaire, a Eliot y a Kafka, a Maikovski y a Riba. Y a Goethe. Y a Dante Alighieri. A veces, y ya queda insinuado, el «sectarismo» se impone. Pero, a la larga, un oscuro y serio sentido de la «tradición» —nacional o cosmopolita— acaba por resolver estas miserias.

Para un francés, creyente o incrédulo, de derechas o de izquierdas, burgués o proletario, su «literatura» abarca a todos: a Villon y a Bossuet, a Diderot y a Bloy, a Aragón y a Claudel. Cada idioma permitiría establecer listas parecidas, y la totalidad de la «cultura universal» más aún. Cualquiera recorte por prejuicios «ideológicos» equivaldría a una mutilación tan estúpida como antihistórica. En el acto de «leer», por supuesto, regresan los «prejuicios»: son ineludibles. Y Gramsci afirmaba los suyos, y los proyectaba didácticamente sobre su hijo. No podía dejar de «admirar» a Dante, pero no sabía leerlo «con

amor». Y quien dice Dante, dice Croce. Con el Croce, Gramsci todavía pudo sentirse combativo: era su contemporáneo, al fin y al cabo. Pero frente al poeta del siglo XIII, enorme, cimiento de la lengua italiana, cualquier veleidad de «refutación» habría sido ridícula. Si trasladamos la reflexión de las letras a las artes, la cosa tomaría un aspecto de absoluta perogrullada: una catedral gótica, Piero della Francesca, Palestrina, Miguel Ángel, están ahí, reclamando «admiración» —y obteniéndola—, pese a su estricta vinculación religiosa.

Por otro lado, el «amor», la «adhesión al contenido ideológico» a secas, llevaría a conclusiones pintorescas. El poeta mediocre, el novelista o el dramaturgo de cuarta fila, sólo por la circunstancia de ser de «nuestra cuerda», ¿no? exigen exagerar sus «valores», colocarlos como tales «escritores» por encima de otros escritores de signo hostil, concederles una preeminencia tajante. En las rutinas diarias, algo de eso acontece. El tiempo suele encargarse de rectificar la aberración. Y hasta cabría apuntar que, de vez en cuando, todos leemos «con amor» poetas, novelistas, dramaturgos, que no «admiramos»: o que no admiraríamos si perteneciesen al «partido» contrario. Conviene tenerlo presente. La breve digresión de Antonio Gramsci sugiere insistir en el doble nivel en que nos movemos, al introducirnos en el asunto. Es difícil leer a Dante «con amor», hoy día, si no es con la óptica de un arqueólogo literario. Los arqueólogos, los eruditos, se apasionan con sus «mismas». El lector corriente y moliente, si a tanto alcanza, se contenta con «admirar». La «Odisea», el «Roman de la Rose», el «Quijote», los mismos «Karamazov», en buena parte, sólo son eso: arqueología. Admirable, eso sí. Como el Partenón.

Joan FUSTER

cambi6

ya está a la venta
**FRENAZO
ARIAS**

cambi6
el semanario español

¿Piensa Vd. viajar?

SI LO QUE DESEA ES:

- Información objetiva y veraz.
- Folletos descriptivos gratuitos.
- Variedad en los itinerarios
- Buenos y cuidados servicios.
- Reservas garantizadas.
- Seguridad en las salidas.
- Precios adecuados a sus deseos

Nosotros podemos ayudarle

con nuestro equipo de trabajo

VIAJES CONDE
VERGARA, 3 (junto Balmes)
Tel. 318 95 16 (centralita)
Sucursal: P.º Colón, 18 (AVGAT 15)

COCINAS Y BAÑOS

Reformas en general. Precios módicos
Diseños y acabados de gran calidad
Solicite presupuesto sin compromiso al
Teléf. 229-59-58

ATENCION A QUIENES SUFREN DEFORMACIONES DE LA CORNEA

Son muchos los accidentes (heridas, golpes, etc.) que traen como secuela, tras el proceso de cicatrización, deformaciones en la córnea, es decir, en la primera capa transparente del ojo.

En tales casos la visión queda seriamente perturbada, a tal punto que el uso de gafas no puede corregir esa perturbación. La solución ideal estriba en adaptar unos Lentes de Contacto. El Lente de Contacto rígido se mantiene flotando en el ojo y su superficie esférica y pulimentada hace el oficio de córnea y mejora considerablemente la visión. Por añadidura aumenta totalmente el campo de visión y normaliza las imágenes de la retina.

Cada caso, indudablemente, aconseja la consulta a su Oftalmólogo, luego, ¿por qué no acudir a nosotros, GENERAL OPTICA?

Le esperamos en: Rambla Cataluña, 87, Plaza Calvo Sotelo, 10, Provenza, 277, Avda. Grimo, Franco, 570, Manso, 33, Avda. Guipúzcoa, 66, Avda. Meridiana, 374, de Barcelona; Progreso, 48 de Hospitalet; Rambla del Caudillo, 7 de Sabadell; Angel Guimerá, 17 y Borne, 4 de Manresa; o en CENTRO 1 DE LENTES DE CONTACTO GENERAL OPTICA, especializado sólo en Contactología, en Plaza Calvo Sotelo, 10, esquina c. Urgel de Barcelona. GENERAL OPTICA, en cada uno de sus 29 Establecimientos en España, mantiene un Departamento de Investigación y Adaptación de Lentes de Contacto con la garantía de casi 20 años de experiencia. Su vinculación con los centros de Contactología más prestigiosos del mundo, le permiten, en el caso que nos ocupa, emplear técnicas modernísimas de adaptación de los Lentes de Contacto rígidos con diámetros reducidísimos y espesores especiales, logrando resultados sorprendentes. Esa positiva sorpresa está al alcance de su mano. En GENERAL OPTICA, somos OPTICOS ANTE TODO.